

El coronel, deteniéndola y dándole una palmadita en las mejillas, preguntó:

—¿Cómo te va niña?...

—Bien, señor coronel.

El tono de la doncella desmentía sus palabras.

Brígida parecía muy agitada. Su rostro estaba como una amapola.

Su emoción era tan visible, que el coronel preguntó:

—¿Qué ocurre?... ¿Alguna desgracia?

Brígida contestó con trabajo, dejando un intervalo entre sus palabras:

—Ahí está una persona que desea hablar á la señorita. Me he negado á anunciarla. Esta persona ha insistido y vengo...

Se detuvo sofocada.

Y tomando aliento, añadió:

—Lo diré desde luego... Esta persona es el señor Fugeret.

—¡El!—exclamó Magdalena.

—Dice que tiene cosas muy graves que comunicar á la señorita y que espera que no tendrá la crueldad de rehusar escucharle... Lo repito, he tratado de...

—¡Está bien!

El coronel estaba pensativo.

Magdalena parecía indecisa.

—¿No vais á recibirle?—preguntó el coronel.

Magdalena se decidió.

—¡Pues bien, sí!—dijo.—Prefiero concluir en seguida...

—¿Lo creéis así?

—Sí.

—¿Entonces os dejo?

—No... La entrevista será corta.

Indicó el gabinete contiguo á su habitación y dijo:

—Le recibiré ahí; vos quedaos aquí. No nos separará más que una simple colgadura.

—Pero...

—Yo lo quiero.

Y dirigiéndose á Brígida, la ordenó con voz irritada:

—¡Que suba!

Se envolvió en su peinador de terciopelo negro, pasó á su tocador, y después de lavarse los ojos para borrar las huellas de sus lágrimas, volvió adonde estaba el coronel, y le dijo:

—No me abandonéis, sobre todo.

Y tranquila en apariencia, pero con el corazón palpitante, levantó la colgadura del gabinete, que dejó caer otra vez detrás de ella.

XVI

Criminal y víctima.

El general entró guiado por Brígida, que le dejó solo en medio del magnífico salón.

Este salón y su habitación eran los únicos sitios en que Magdalena se encontraba á gusto.

Allí pasaba las tres cuartas partes de su vida.

Los primeros objetos que llamaron la atención de Jaime Fugeret fueron dos magníficos cuadros.

El uno era el retrato de la condesa de Arvil á los treinta años, en todo el esplendor de su

juventud, si no de su belleza, que nunca había sido notoria.

El otro el de Roberto de Bures, el prometido de Magdalena, su amigo de la infancia, á quien ella rodeaba de eternos recuerdos.

La vista de este desgraciado, de cuyo fin trágico había sido él la causa, hizo estremecer al culpable. La presencia de aquel retrato en semejantes itio, ¿no era para él una revelación?

La señorita de Arvil seguía fiel al recuerdo de su prometido.

¡Seguía amándole!

Pertenecía al muerto como hubiera pertenecido al vivo.

Jaime Fugeret no pudo reflexionar mucho tiempo.

Apareció Magdalena y quedó deslumbrado, espantado.

Aquella cara pálida, de ojos de un azul oscuro, le producía la impresión de la cabeza de Medusa.

Leyó en aquellas facciones, en las que revivían los recuerdos de su juventud, una aversión profunda, indestructible y una especie de horror, como si el odio de su crimen y los resentimientos que la víctima había experimentado, hubiesen quedado en ellos tan vivos y violentos como el primer día.

El general bajó la cabeza y no se atrevió á proferir una palabra.

Magdalena, fijó en él una prolongada mirada, y quedó sorprendida, estupefacta.

¡Era aquél el Jaime Fugeret que ella había conocido en otros tiempos; tan enérgico, tan bullidor, tan rústico, pero hermoso como un titán!

Le desconocía.

Fugeret estaba delante de ella inmóvil, con la cabeza baja, encorvado, pálido y delgado.

La compasión se apoderó de ella, á pesar de su propósito de permanecer inflexible y cruel.

Indicó una butaca al general, y quedándose ella en pie cerca de la chimenea, esperó.

Fugeret se dejó caer en la butaca y dijo en voz baja, muy emocionado:

—Os escribí, hace ya mucho tiempo, para implorar de vos una palabra de piedad, ya que no de perdón, y no me habéis contestado. Hoy vengo á humillarme de nuevo ante vos, por mucho que me cueste, porque considero que tengo un deber que cumplir.

El general temblaba, á pesar de llevar un pardesús sobre su levita negra.

Vió en los ojos de Magdalena una expresión de sorpresa y repuso vivamente:

—No es frío, es la fiebre. No estoy completamente repuesto de las heridas que recibí en los montes del Tonkin.

Magdalena preguntó maquinalmente:

—¿Habéis estado herido?

—Sí.

—¿Gravemente?

—Bastante.

Una amarga sonrisa asomó á sus labios y continuó:

—¡Sí, allí fui herido después de veinte años que busco la muerte sin encontrarla! La he llamado muchas veces. Por fin estuvo á punto de llegar, y esto era en el momento en que ya no la quería.

Y como Magdalena le mirase con estupor, se reanimó y siguió diciendo:

—Sí; durante muchos años hubiera bendecido la bala que me hubiera echado á la tumba. Y cuando me hirió la maldije.

Hubo un silencio.

Jaime Fugeret se atrevió á levantar los ojos y mirar de frente por primera vez á Magdalena.

La volvía á ver tal como la había conocido en otros tiempos, en sus días felices de la Forge; galopando locamente al través de los bosques, con los cabellos al viento, cuando era casi una niña.

El general repuso en voz baja:

—Sobre todo, al volver á veros, es cuando comprendo la enormidad de mi crimen. ¡Crimen cuyo peso aplastador he soportado siempre! En realidad, mi vida no ha sido más que el incesante castigo que me he impuesto á mí mismo. Cuando senté plaza, hace ya mucho tiempo, fué con el deseo de hacerme matar, ¡os lo juro!

La señorita de Arvil le interrumpió, preguntando:

—¿No hablábais de un deber?

Fugeret extendió la mano con un gesto suplicante:

—Estoy delante de vos—dijo.—¡Tal vez no volveremos á vernos! ¡Escuchadme un minuto, en nombre de Dios! ¡Os lo pido por favor!

Añadió con voz casi ininteligible:

—¡Y en el nombre de nuestra hija!

Magdalena se estremeció y no contestó.

Jaime Fugeret continuó:

—El deber á que aludo, esa criatura es quien me lo ha impuesto; pero dejadme primero exponer mis pesares, mis remordimientos. No te-

mais nada... El que teneis delante es un criminal arrepentido que no se separará del respeto que os debe. En otros tiempos falté al honor; pero creo que me hareis la justicia de creer que he hecho todo lo que un hombre de corazón puede hacer para rehabilitarse.

Dominó la emoción que le ahogaba y repuso con más fuerza:

—Aterrado por las desgracias de que yo había sido causa, atormentado por los reproches de mi conciencia irritada, busqué la muerte por todas partes donde creía encontrarla... Para prolongar mi suplicio huyó de mí... Vos me habíais arrojado al rostro la verdadera palabra que debe aplicarse á mi infamia: «¡Cobarde!» Tal vez quise probaros que mi acción tan criminal no fué más que un rasgo de locura. Tomaron por valor lo que no era más que desesperación. Sea de esto lo que quiera, me han concedido honores de que soy indigno. Y á medida que ascendía, mi vergüenza se aumentaba, el sentimiento de mi indignidad se hacia más punzante. Cuando me encontraba entre mis compañeros de empleo, me decía temblando: «¡Si supieran!» Cuando me concedían cualquiera nueva distinción, me daban ganas de decir á mis superiores: «¡Pero vosotros no sabéis, pues, quién soy!...» ¡La cinta roja, color de la sangre con que la gané, debiera arrancármela del pecho. Solo vos, por un perdón sublime, podíais concederme el derecho de llevarla y ese perdón me lo habéis negado! ¡Creed que no os quiero mal por eso y que sé medir el grado de horror que os inspiro. Objeto de desprecio para mí mismo, comprendo el vuestro, y el suplicio mayor de mi vida es tener

que reconocer que merezco el odio y el desprecio que inspiró al único ser á quien hubiera querido agrandar y que hubiese adorado de rodillas, si tal adoración me hubiese sido permitida.... No os ofendáis, os lo suplico, por estas palabras que no tienen más que un propósito, el de haceros conocer mi castigo... Agobiado por estos remordimientos, os juro que no tenía más que un deseo, el de concluir con la vida, cuando una orden del ministro me envió al Tonkin... Pero entonces hubo un incidente que cambió mis proyectos.

La señorita de Arvil seguía fría como una estatua, pálida como el mármol de que están hechas.

No desplegó sus labios.

Levantó la cabeza casi imperceptiblemente y dirigió al general una interrogadora mirada.

—Este incidente fué—prosiguió Jaime Fugeret,—la revelación de un hecho que me atremetaba desde hacía muchos años. Yo sabía que había nacido una niña... Suponia que su madre cuidaría de ella, á pesar del odio que profesaba al padre; estaba seguro de que la madre tenía un corazón demasiado generoso para abandonarla á los azares de la vida, para no cuidarse de su educación...

—¿Y?...

—Me haréis la justicia de creer que yo tenía grandes deseos de conocerla, de verla, aunque fuese en secreto, sin que supiese ella qué fazos la unían á mí.

—¿Y?—repitió la señorita de Arvil.

—Supe que nadie la conocía, al menos de los que os rodeaban; que jamás la habían visto á

vuestro lado; que estaba, en fin, tan ignorada como si no hubiese nacido...

—¿Quién os lo dijo? Brígida tal vez.

Fugeret movió la cabeza.

—Brígida no conoce más que un ama, y no tiene más que un deber: el de complaceros en todo. Brígida no me ha hablado nunca de vos ni de lo que á vos concierne... Os lo juro por mi honor; si es que tengo derecho á pronunciar todavía esta palabra. Evito ver á Brígida, porque sus miradas, leales y rectas, me hacen enrojecer, porque os quiere y no puede ignorar quién ha causado vuestra desgracia y la mía... Si alguien es culpable, no es ella; es uno de mis amigos de la infancia, un antiguo compañero de estudios, educado también por caridad...

—¿Jesús Piriac?

—El mismo. Os vé alguna que otra vez, y ha oído hablar de vos...

—Acabad...

Fugeret obedeció.

—Esta revelación me la hizo en los momentos en que salía yo para el Tonkin... En un principio no le creía... Supuse que estaba mal informado; que podía ignorar lo que pasaba á vuestro alrededor; que tal vez, en fin, estaríais educando á vuestra hija en secreto. Después, allá, solo, alejado de todo, pensé detenidamente y me dije que tal vez vuestro odio fuese superior á vuestra razón; que no hubiéseis podido resolveros á conceder á esa criatura la protección que necesitaba, y entonces comprendí que tenía yo un deber que llenar: el de protegerla, el de dirigir su vida...

Hé aquí por qué cuando caí herido sentí un

terrible temor, el de morir cuando mi vida podía ser útil, no á mí, ¡ah, Dios mío! no... sino á esa niña de quien humildemente vengo á pedir os cuenta... Si la aborreceis, con razón tal vez,—porque, ¿quién puede sondar los secretos del corazón humano?—dejadme protegerla, ayudarla, guiarla... Os juro que no tendreis de qué arrepentiros... No es ya el miserable Jaime Fugeret quien os lo suplica, es el general Fugeret, regenerado por una vida de sacrificios, dispuesto á daros su sangre, y que os pide, no su perdón—jamás lo ha esperado—sino el de esa criatura; si, cediendo á justos, pero crueles resentimientos, la habeis rechazado y lanzado en la batalla de la vida sin armas y sin apoyo.

El general se había levantado. Con la cabeza baja permanecía ante Magdalena en actitud suplicante.

Dos lágrimas que rodaron por las mejillas del general cayeron sobre la alfombra.

Magdalena lo notó, y tal vez tuvo un momento de ternura al ver la humillación de un hombre tan fuerte y que en verdad había expiado el crimen de su juventud con tanto heroísmo, porque le dijo con una amabilidad que tantas veces se había prometido no emplear con él:

—Sentaos, general. El sentimiento que aquí os ha conducido os honra. Cuando salgais podreis decir que la desgracia de vuestra víctima es mayor que lo que os podíais suponer.

—¿Qué decís?

—Esperad, vais á saberlo.

Magdalena explicó al general con frases entrecortadas por una violenta emoción, lo ocu-

rrido en Lugano; la aparición del señor de Bures cuando ella creía que todo el mundo ignoraba su paradero, las súplicas de su prometido, sus protestas de amor, sus propias negativas y por fin, le habló de la carta que el vizconde la había escrito desde una taberna en que entró al salir de la villa Milton.

Puso la mano sobre un mueble, colocado bajo el retrato de su prometido.

—Aquí la tengo—dijo—entre mis tristes recuerdos. La leo todos los días y cada día la encuentro más tierna y más expresiva. Son las reliquias de un amor que no ha muerto y no concluirá sino con mi vida. Me decía que le era imposible vivir sin mí y me suplicaba que me casase con él, á pesar de la desgracia que me había ocurrido...

Añadió, hundiendo con verdadera crueldad femenina el puñal en el alma de Jaime Fugeret:

—¡Tenía un gran corazón y debí escucharle! ¡Haberle desesperado es mi eterno remordimiento! Comprenderéis cuál fué mi contestación, puesto que llevó á cabo su funesta amenaza.

Y prosiguió con febril viveza:

—Cuando supe la muerte del hombre á quien tanto amaba, me atacó una verdadera locura. Nació mi hija y la rechacé con cólera. Por orden del médico tuvieron que llevársela. Mi pobre madre se encargó de buscarla nodriza, una familia que se hiciese cargo de ella... Vos sabéis lo demás. Mi madre pereció en la catástrofe de Bellegarde. Fué imposible averiguar adónde había ido y de dónde venía al ocurrir aquel terrible accidente. Después he-

mos hecho esfuerzos inauditos para encontrar las huellas de mi hija... ¡Imposible!... No se ha conseguido nada... Pronto hará veinte años... ¿Qué ha sido de ella? ¡Nadie lo sabe! ¡Esa es mi irreparable desgracia! Las demás están ya muy lejos, perdidas en el pasado... El tiempo ha podido dulcificarlas sin extinguir su recuerdo... Esa está siempre viva, fija en mi imaginación. ¡Me desgarró el corazón!

Se levantó.

—Y ahora, caballero—dijo, volviendo á ser presa de su odio, ó al menos de su aversión,—separémonos. Ya os he dicho lo que queríais saber... Hago justicia al valor que habéis demostrado, á los esfuerzos que habéis hecho para rehabilitaros. El mundo puede honraros, sin duda con razón... De donde habéis salido hasta donde habéis llegado, hay mucha distancia. ¡Sólo los fuertes pueden recorrerla! En cuanto á mí, no podré olvidar el pasado... Deshonrada á los ojos del mundo, sin familia, sin hijos y sin marido, condenada con mayor crueldad que si hubiera sido culpable del mayor de los crímenes, puedo olvidaros... tal vez, pero no podré perdonaros. ¡Adiós, general! ¡Adiós para siempre!...

Jaime Fugeret se inclinó silenciosamente. Y pálido, lívido, con los ojos medio cerrados, abrumado por estos reproches, se dirigió hacia la puerta.

Allí se volvió.

—No me habéis dicho el nombre de la niña—dijo con voz ahogada.

—No lo tiene.

—¿Es posible?

—Ante la ley ni siquiera existe. Su naci-

miento no se hizo constar en ninguna parte...

—¿No tenéis algún indicio?

—Ninguno.

—Sin embargo, ¿se la ha buscado?

—Por todas partes...

—¿Sin resultado?

—Desgraciadamente.

—¿Quisierais verla?

—Daría una fortuna por encontrarla.

—¿Y si la encontrase yo?

—Es imposible.

—¡Tal vez!...

Magdalena sacudió la cabeza.

—Es difícil que triunféis donde tantos otros han fracasado.

—¿Quién sabe? ¿Me perdonaríais entonces?

—¡Eso sería superior á mis fuerzas!...

El general irguió la cabeza.

—Escuchad—repuso;—solo os pido compasión... ¡Concedédmela! Y entonces mi vida tendrá un objeto. Emplearé en serviros las fuerzas que me queden... Triplicaréis mi valor... ¿Queréis? ¿Es preciso que os lo pida de rodillas?...

En el corazón de Magdalena se libraba un combate.

Leyó en los ojos del general un deseo de sacrificio, una abnegación infinita que la llegó al alma.

—Pues bien—dijo,—os concedo mi perdón, si me traéis esa niña; mi único amor, mi desesperación. Cuando pienso en los peligros que puede correr, las miserias que tal vez esté pasando...

Jaime Fugeret dió un paso hacia ella.

Quiso coger una mano de Magdalena pa-

ra llevarla á sus labios, pero no se atrevió.

Magdalena le detuvo con una mirada.

Se oprimió el pecho con ambas manos para ahogar los latidos de su corazón, y haciendo una profunda reverencia, murmuró esta sola palabra:

—¡Gracias!

Y desapareció.

Magdalena volvió á caer en su butaca, pensando:

—Sí, si me la devolviese!... ¿Pero cómo es posible?

Casi en seguida se irguió.

Acababa de oír un ligero ruido detrás de ella.

El coronel de Brancur estaba apoyado en el respaldo de su butaca.

—Y bien—la preguntó,—¿le habéis visto? ¿le habéis oído?

Magdalena preguntó:

—¿Y vos?

—Yo también.

—¿Entonces?

El coronel oprimió los labios, se mordió el bigote y dijo:

—¿Queréis que os diga lo que siento?

—Sí.

El señor de Brancur dijo con lentitud:

—Yo debiera odiarle como vos... El abrevió los días de mi hermana, fué la causa del suicidio de mi desgraciado Roberto. Os ha sumergido en un duelo que no concluirá más que con vuestra vida... por causa suya no cesáis de llorar, y sin embargo... me dá lástima.

—¡Ah!—murmuró Magdalena.

El coronel repuso:

—Si, en verdad; mientras que hablabáis sentía yo aquí—el coronel indicó el corazón—algo que me conmovía... ¡Qué pequeño se hacía delante de vos, qué tímido y que suplicante!... ¡Y vos sabéis que no es un cualquiera!.. Es uno de los mejores generales del ejército. No hay muchos que puedan enseñar una hoja de servicios como la suya. ¡Pobre diablo!

Magdalena repuso con sequedad:

—¿No será á él á quien compadezcáis aquí, supongo?

Dirigió una mirada al retrato de su prometido que tenía de frente, y con el codo apoyado en el brazo de la butaca, y la barba en la mano, fijó sus ojos en la cara del joven.

¡El coronel seguía sus movimientos!

—¡Sin duda—repuso,—sin duda ese hombre ha causado desgracias horribles, pero sed razonable!..

Magdalena interrumpió de nuevo al coronel, diciéndole:

—¿No iréis á defenderle? ¡Eso sería demasiado!

—¿Por qué no?

—¡Oh!

—Querida niña, á los dieciocho años erais hermosa, demasiado hermosa, capaz de hacer perder el juicio á cualquiera... Yo, que os he visto crecer, me acuerdo de esto... Lo sois todavía y esa hermosura explica bien las cosas... Pensad, pues, en el efecto que esa hermosura debía producir en una naturaleza semi salvaje, exaltada, en un ser violento, exasperado sin duda por la pobreza de los suyos, aspirando con todas sus fuerzas á elevarse á regiones más altas á la fortuna y los goces que ella proporciona.

—¡Oh! coronel... ¡Ese crimen!...

El señor de Brancur se encogió de hombros y con bondadoso tono continuó:

—Ciertamente, eso fué un crimen odioso, imperdonable, un crimen tal que su mismo autor está abrumado por él, que su vida está perdida como la vuestra, que no se levantará jamás, sobre todo á sus propios ojos... Estaba ahí... Le he oído... A juzgar por su acento es imposible dudar de su sinceridad. Está torturado por un remordimiento que le roe el corazón y el alma. Ni los honores que ha conquistado, ni su empleo, ni la estimación de las gentes le consuelan, le hacen olvidar su crimen... Sufre las penas más horribles... Se desprecia á sí mismo. ¡Ah! mi querida Magdalena, ¿que es lo que prueba eso? Que hay en él un sentimiento de honor que le domina, que es de buena sangre, de una raza de gentes honradas... Veinte años de heroísmo no han rescatado á sus ojos un instante de locura, un minuto de extravío... ¿Y queréis que os diga todo, todo cuanto siento? Ese hombre que ha buscado la muerte en los campos de batalla y no la ha encontrado, ese bravo—porque sí, es un bravo—ese valiente bretón—bien lo ha probado, ¿no es verdad?—no tendrá sin embargo valor para sufrir eternamente su suplicio... Esa muerte que los azares de la guerra le han rehusado, se la dará él... á menos que...

El coronel no acabó.

Se quedó pensativo en medio de la habitación, fijó los ojos en el retrato de su sobrino, como la señorita de Arvil había hecho minutos antes. Y dando la espalda á la joven, murmuró entre dientes:

—Pero no, eso es imposible... Eso no puede ser.

Se abrió la puerta, y una voz un poco temblorosa anunció:

La señorita está servida.

Era la voz de Brígida.

La pobre mujer acababa de entrever á Jaime Fugeret, de estrecharle la mano, y aquella vista, aquella caricia fugitiva, la recordaban un tiempo pasado, aquél en que sentía vibrar en su corazón el solo amor que le hubiese llenado y del que jamás había dicho una palabra á nadie.

Magdalena se levantó, y cogiéndose del brazo del coronel, le dijo:

—Sois demasiado generoso, coronel. Acordaos.

—¿Creeis que yo olvido?

En aquél mismo momento bajaba Jaime Fugeret á pie por el boulevard Hausmann y con la cabeza echando fuego y el corazón saltando, se decía:

—Adora á su hija—la mia—la llora... ¡Que yo la encuentre, que se la devuelva!... Me perdonará... Ella lo ha dicho... Y después, ¡quién sabe!... ¡Tal vez!... Toda mi sangre por un rayo de luz.

XVII

Un asunto tenebroso.

El barón Máximo de Saint Aubin había salido del taller de los Grünbach en un estado de ánimo fácil de comprender.

Desde algunos años hacía una vida llena de